

Los caminos del Espíritu: Felipe, Pedro, Pablo

Rafael Aguirre

1. Introducción

Vamos a contemplar tres momentos claves de la acción del Espíritu en los albores de la Iglesia tal como se describen en los Hechos de los Apóstoles. No tengo necesidad de decir que pese al nombre que el libro ha recibido en la tradición, los apóstoles no son los protagonistas de los Hechos de los Apóstoles. No aparecen sino en los cinco primeros capítulos y, con la excepción de Pedro, se les atribuye un escaso papel. Mucho mayor protagonismo a lo largo de toda la obra corresponde a Pablo, que sin embargo, no recibe el título de “apóstol” a los ojos del autor del libro. En realidad, los Hechos de los Apóstoles están centrados en la expansión de la Palabra de Dios, que se va describiendo constantemente, y que se debe fundamentalmente a la fuerza del Espíritu Santo verdadero realizador del plan de Dios¹ y protagonista de la obra literaria que lo narra.

¹ J. GUILLET, “*Saint-Esprit-Luc-Actes*”, Supplément du Dictionnaire de la Bible 60(1986) col. 184 dice que “es el agente principal de toda la historia narrada en los Hechos”.

Es bien sabido que este libro no presenta una crónica histórica en sentido estricto, sino más bien lo que podríamos llamar una historia fundacional y paradigmática. Todo grupo social conserva con cariño y medita determinados hechos de su pasado, que los considera momentos decisivos y definitorios de su identidad. Nace así una historia fundacional fuertemente idealizada, que se convierte en paradigmática, porque proporciona claves para interpretar la historia posterior.

La acción del Espíritu en Felipe, en Pedro y en Pablo fue especialmente decisiva porque marcó los jalones progresivos de superación del enclaustramiento étnico de la comunidad de Jerusalén y el inicio y desarrollo de la apertura misionera y universalista; era, sencillamente, el paso de ser un grupo judío particular a ser la iglesia cristiana. Es una historia fundacional, porque en ella reivindica su legitimidad las comunidades misioneras que están detrás de los Hechos, y demuestran que están en continuidad con el plan de Dios tal como lo ha ido dirigiendo el Espíritu, a pesar de innumerables cálculos humanos adversos. Y es también una historia paradigmática, porque no da recetas, pero sí proporciona algunas claves para descubrir como actúa el Espíritu y como abre caminos nuevos. Los Hechos terminan cuando Pablo consigue llevar el evangelio a Roma. Mucho se ha conseguido, sin duda. Pero es un final abierto: queda muchísimo aún por hacer. Los Hechos hay que leerlos para descubrir la acción inacabable y paradigmática del Espíritu de Dios y de Jesús.

Lc concibe al Espíritu de Dios en la línea veterotestamentaria², ante todo como poder eficaz y fuerza de

² O. MAINVILLE, *L'Esprit dans l'oeuvre de Luc*, Fides, Quebec 1991; E.

Dios para intervenir en la historia. Espíritu y poder, en la perspectiva de Lc, tienen un valor sinónimo: “El *Es- píritu Santo* vendrá sobre tí y el *poder del Altísimo* te cubrirá ...” (Lc 1,34). El Espíritu viene o se derrama sobre el profeta o sobre el pueblo, dirige los pasos, elige, arrabata, dice, fortalece, impulsa, impide, envía... Se trata, evidentemente, de un lenguaje metafórico.

En Hch 8, 26. 29 el Ángel del Señor y el Espíritu son intercambiables (cfr. también 10,10-15 y 10,19). Ambos son, como en el antiguo Testamento, dos formas de hablar de la intervención eficaz de Dios y no hay que interpretarlos como realidades personales³ (podría, quizá, decirse que se trata de personificaciones). Lo que sí hace Lc es cristianizar profundamente la pneumatología veterotestamentaria que recoge. “Exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y ois” (Hch 2,33)⁴. Usa los esquemas del antiguo Testamento para hablar del Espíritu, pero ahora el Espíritu de Dios es también el Espíritu de Cristo, que prolonga la misión terrestre de Jesús. El Espíritu es la promesa del Padre, el poder de lo alto, que Jesús envía (Lc

TROCME, “Le Saint-Esprit et l’Eglise d’après le livre des Actes”, en *L’Esprit Saint et l’Eglise*, Fayard, Paris 1969, 19-44; P. BONNARD, “*L’Esprit Saint et l’Eglise selon le Nouveau Testament*”, RHP 37(1957) 81-90; G. W. H. LAMPE, “The Holy Spirit in the Writings of St. Luke”, en D. E. NINEHAM (dir.), *Studies in the Gospels. Essays in Memory of R. H. Lightfoot*, Blackwell, Oxford 1957, 159-200; G. HAYA-PRATS, *L’Esprit force de l’Eglise*, Cerf, Paris 1975; M. A. CHEVALIER, *Aliento de Dios*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1982; ID., “Luc et l’Esprit Saint”, *RSR* 56(1982).

³ J. DE GOITIA, *La fuerza del Espíritu*, Universidad de Deusto, Bilbao 1974, especialmente 172-178.

⁴ Quizá hay una referencia a Lc 23, 46: al morir Jesús “entrega (*paratithemai*) al Padre su espíritu” y después, una vez exaltado, lo recobra (*labôn*) del Padre y lo derrama sobre los discípulos (Hch 2,33).

24, 49; Hch 1,4-5) a sus discípulos para que sean sus testigos “en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (1,8).

Lc no habla del Espíritu como causa de transformación espiritual (Rom 8,5) o como principio de una nueva vida en Cristo (Rom 8, 10 ss.), sino como fuerza y poder de Dios que impulsa a los discípulos y a la Iglesia a llevar adelante el plan de Dios y el testimonio de Cristo.

No voy a entrar en muchos tecnicismos exegéticos que serían pesados de seguir y nos llevarían un tiempo excesivo. Pero sí me voy a permitir situar brevemente los relatos de estos tres personajes. Se encuentran en una sección de transición de Hechos. En los siete primeros capítulos se ha presentado la vida de la comunidad de Jerusalén, que no aspira a salir de los límites del pueblo de Israel. En los capítulos 13 y 14 se narra el primer viaje misionero de Bernabé y Pablo. Los capítulos 8 al 11 describen el proceso paulatino de salir de Jerusalén y de abrirse a los gentiles. No resultó ni fácil ni lógico. El Espíritu dirige de una forma muy especial, les cambia profundamente, en estos capítulos a nuestros tres personajes: al judeocristiano helenista Felipe para que entre en el territorio medio judío de Samaria y, después, para que bautice a un impuro y marginado legal, a un eunuco etíope; al judeocristiano hebreo Pedro, uno de los doce, que va a acabar entrando en casa de una pagano y aceptándole a él y a toda su familia en la comunidad; y al judío de la diáspora Pablo, de quien se describe en esta sección su conversión y primeros pasos misioneros.

En ninguna historia más que en estas descubrieron los primeros cristianos la acción del Espíritu. Las va-

mos a evocar brevemente como relatos paradigmáticos de la acción del Espíritu en la historia inacabable.

2. Felipe: los caminos del Espíritu llevan a los excluidos de Israel

La apertura misionera no se debió a una decisión tomada y controlada por los apóstoles de Jerusalén. Más bien, al contrario, significó una auténtica conversión para ellos reconocer la actuación del Espíritu en una historia que desbordaba sus cálculos y rompía sus esquemas judíos.

El plan de Dios se abre paso de forma desconcertante y lo que parece una terrible desgracia se va a convertir en la gran oportunidad. “Se desató una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén” (8,1), pero que en realidad no afectó a toda la Iglesia, sino probablemente sólo al grupo de los helenistas, de los que conocemos a sus siete líderes, entre los que destaca Esteban, de quien se narra el martirio en Hechos 7. Los helenistas tienen que escapar y en su huída van anunciando el evangelio por los territorios que atraviesan: “Los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando la Buena Nueva de la Palabra” (8,4).

Se nos cuentan dos episodios que tienen por protagonista a Felipe, uno de los líderes helenistas y de quien se nos dice que estaba “lleno de Espíritu y de sabiduría” (6,3).

2.1. El territorio semijudío de Samaría

Los helenistas huyen hacia el norte y llegan a la región limítrofe con Judea, a Samaría. Allí hay una población con un judaísmo sincretista y muy peculiar, pero rechazado tajantemente por la ortodoxia jerosolimitana: adoran a Yahvé, pero no admiten el templo de Jerusalén, sino que tienen otro lugar de culto en el monte Garizim; aceptan el Pentateuco, pero en una versión diferente a la que se lee en las sinagogas judías. La enemistad de los samaritanos con los judíos era enconada, como suele suceder, con frecuencia, entre quienes están muy cerca y se disputan una herencia común.

Sin pensarlo mucho, todo ha sido debido a una huída precipitada, pero el caso es que el evangelio empieza a ser anunciado más allá de los límites estrictos del judaísmo oficial. Empieza a cumplirse el anuncio de Jesús: “sereis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra” (1,8).

“Felipe bajó a una ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo. La gente escuchaba con atención y con un mismo espíritu lo que decía Felipe, porque oían y veían las señales que realizaba; pues de muchos posesos salían los espíritus inmundos dando grandes voces y muchos paralíticos y cojos quedaban curados. Y hubo una gran alegría en aquella ciudad” (8,5-8).

La predicación de Felipe es presentada –como la de Jesús, la de los apóstoles y la de Esteban (6,8)–, no sólo rica en palabras sino acompañada de los signos de la presencia del Espíritu. Hasta un mago poderoso que había en aquella ciudad, Simón, queda subyugado por las señales y milagros de los discípulos de Cristo. El éxito de la misión es grande y rápido: “Pero cuantos creyeron a Felipe que anunciaba la Buena Nueva del Reino de

Dios y el nombre de Jesucristo, empezaron a bautizarse hombres y mujeres” (8,12).

Felipe y los helenistas no han pedido permiso a nadie para ser misioneros. La fuerza de los acontecimientos y su convicción interior les ha llevado a franquear puertas antes no sólo cerradas sino también prohibidas. El evangelizador no es un funcionario, pero tampoco es un francotirador. El autor de Hechos tiene buen cuidado de hacernos ver que una decisión tan importante se hace en comunión eclesial y es avalada por los apóstoles de Jerusalén, que aún existen y que tienen la función vital de garantizar la fidelidad al proyecto de Jesús.

“Al enterarse los apóstoles que estaban en Jerusalén de que Samaria había aceptado la Palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Estos bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo; pues todavía no había descendido sobre ninguno de ellos; únicamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo” (8,14-17).

Nos encontramos aquí con el Pentecostés de los samaritanos, como al principio del libro, en 2,1-11, se narraba el Pentecostés de los judíos (cfr. también 4,31). El Espíritu Santo confirma y fortalece a la comunidad a medida que va creciendo.

El texto parece que establece una separación entre el rito del bautismo y la imposición de las manos con el don del Espíritu. En el episodio posterior de Pedro y Cornelio, por el contrario, el descenso del Espíritu antecede al rito del bautismo. En cualquier caso, es claro que el bautismo en el Señor Jesús equivale a ser bautizado con el Espíritu Santo: la remisión a Jesús, el Re-

sucitado, implica renacer por la fuerza del Espíritu de Dios (19,5-6; 1,5).

Un episodio interesante, y en cuya complejidad no podemos entrar ahora, es la confrontación de Felipe primero y de Pedro después con el mago Simón, que había tenido admirado al pueblo de Samaria y que luego se bautizó (8, 9-24). Simón desea, mediante dinero⁵, poder controlar el Espíritu y disponer de él a su antojo. Tentación continua no ya la de desoir al Espíritu, sino la de someterle al poder económico o institucional. Pedro rechaza con durísimas palabras la pretensión de Simón que desconoce el carácter de don radical (8, 20) del Espíritu de Dios.

Es probable que la adhesión entusiasta y llena de alegría de los samaritanos al anuncio de Felipe, estuviese marcada aún por una serie de deficiencias que la efusión del Espíritu vino a colmar. Pero hay un dato cierto y notable. Juan y Pedro, apóstoles de Jerusalén, que habían venido a comprobar (¿quizá con algún recelo ante tamaña novedad?) lo realizado por los helenistas, vencen su aversión a los samaritanos y se convierten también ellos en misioneros en Samaria: "... se volvieron a Jerusalén evangelizando muchos pueblos samaritanos" (8,25).

2.2. La evangelización de los excluidos de Israel: el eunuco etíope

Los helenistas habían huído hacia el norte, con la esperanza quizá de poder llegar a Antioquía, ciudad cosmopolita, donde podrían encontrar un ambiente más

⁵ Lucas subraya el poder de corrupción que tiene el dinero: Hch 5, 1-11; 24, 24-26; Lc 8, 14; 12, 15; 16, 13.

propicio y liberal que en Jerusalén. Pero Dios le impulsa ahora a Felipe a que cambie sus planes y que se dirija hacia el sur, por el camino que baja a Gaza, además en el momento más caluroso del día y cuando todo está desierto. Dios prepara su encuentro con un eunuco etíope, alto funcionario de la reina de Candace, que había venido a adorar a Jerusalén (8,27).

Es claro que el etíope no es un mero pagano⁶: ha ido a adorar a Jerusalén y va leyendo el profeta Isaías. Tampoco parece un judío en el sentido pleno de la palabra. Su defecto físico —era eunuco— le convierte en un excluido de la comunidad cultural (Dt 23; Lv 21). El Espíritu actúa al principio y al final de la escena (versículos 29 y 39). En primer lugar impulsa a Felipe a que "se acerque y se ponga junto al carro" en que va el eunuco. Felipe no lo duda, "corrió hasta él y le oyó leer al profeta Isaías" (8,29-30).

El Espíritu le puso en el camino, le impulsó a acercarse, a ponerse a su altura, de modo que pueda saber lo que el otro lleva dentro. Felipe es dócil al impulso del Espíritu, cambia sus planes, se acerca al extraño (negro, etíope ...), escucha sus problemas, acepta dejar su montura y subirse al carro del otro, del etíope. Cambia Felipe y cambia también el etíope. Nos encontramos con una descripción preciosa de la conversión de un adepto al judaísmo.

⁶ Parece claro que Lc reserva la primera conversión de un pagano a la decisión de Pedro y éste será el centurión Cornelio y su casa. La situación del eunuco etíope no es del todo clara. P. BOSSUYT - J. RADERMAKERS, *Lettura Pastorale degli Atti degli Apostoli*, Dehoniane, Bologna 1997, 344-348 parece que le consideran un israelita, del grupo de los Falascia, que se asentaron en Etiopía y que reivindicaban una tradición que les remontaría hasta el rey Salomón y la reina de Saba.

El eunuco etíope va leyendo el famoso texto de Isaías 53:

“Fue llevado como una oveja al matadero;
y como cordero, mudo delante del que lo trasquila,
así él no abre la boca.
En su humillación le fue negada la justicia;
¿quién podrá contar su descendencia?
Porque su vida fue arrancada de la tierra”.

“Entonces Felipe, partiendo de este texto de la Escritura, se puso a anunciarle la Buena Nueva de Jesús” (8,35). Imposible no acordarnos del episodio de Emaús, cuando Jesús, el huésped desconocido, “empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó (a los dos discípulos) lo que había sobre él en todas las Escrituras” (Lc 24,27).

Encontramos aquí un magnífico ejemplo de *lectura de la Escritura en el Espíritu*, como lo tendrá que hacer siempre la Iglesia: ir descubriendo, a la luz del acontecimiento de Jesucristo, el sentido profundo y espiritual del texto del Antiguo Testamento.

De esta manera la fe judía del etíope desemboca en la plena fe cristiana, de modo que su bautismo es la consecuencia necesaria⁷. El excluido de Israel es aceptado en la comunidad cristiana. Llega la salvación escatológica de Dios y se cumple la profecía de Isaías 56,3-5:

⁷ El versículo 37 es una glosa antigua conservada en el texto occidental e inspirada en la liturgia bautismal y que responde a la pregunta formulada en el versículo 36: “Dijo Felipe: si crees de todo corazón es posible. Respondió él: creo que Jesucristo es el Hijo de Dios”. En la pregunta del v. 36 “¿qué impide (*kôluei*) que yo sea bautizado?”, probablemente se refleja una pregunta que antecedió al rito bautismal y que se encuentra en otros lugares con una formulación que usa la misma expresión técnica (*kôluei*): Hch 10,47; 11,17; Mc 10,14.

“Que el extranjero que se adhiera a Yahvé no diga: ¡De cierto que Yahvé me separará de su pueblo! No diga el eunuco: ¡Soy un árbol seco! Pues así dice Yahvé: Respecto a los eunucos que guardan mis sábados y eligen aquello que me agrada y se mantienen firmes en mi alianza, yo he de darles en mi casa y en mis muros monumento y nombre mejor que hijos e hijas; nombre eterno les daré que no será borrado”.

El Espíritu que juntó los caminos de Felipe y del etíope, les separa de nuevo y les impele a cada uno para ser en lugares diferentes misioneros del evangelio. “El Espíritu arrebató a Felipe ... que se encontró en Azoto y recorría evangelizando todas las ciudades hasta llegar a Cesarea”⁸ (otra vez hacia el norte). Según el texto occidental de Hechos, “el Espíritu Santo cayó sobre el eunuco”, que “siguió gozoso su camino” (8,39). Es claro que se dirige hacia el sur y, según la tradición, este eunuco etíope fue el primer misionero en Africa.

3. Pedro: el Espíritu lleva a compartir la mesa con los paganos

Nos encontramos con una construcción literaria bellísima (10,1-11,18) y de singular importancia teológica. Es la unidad narrativa más amplia de Hechos. Un momento clave y decisivo, porque por primera vez unos paganos, el centurión Cornelio y su casa, van a ser

⁸ Es inevitable relacionar este texto con 1R 18,12 donde Abdías, que estaba al frente de la casa del rey Ajab, dice a Elías: “... cuando me aleje de tí, el Espíritu de Yahvé te llevará no sé dónde ...”; o con 2R 2,16 donde se pregunta sobre la desaparición de Elías: “... no sea que el Espíritu de Yahvé se lo haya llevado y lo haya arrojado en alguna motaña o en algún valle.”. Puede pensarse también en la forma violenta en que el Espíritu de Yahvé levanta y arrebató a Ezequiel (Ez 3, 14).

admitidos en la Iglesia. Para decisión tan trascendental se reclama la autoridad de Pedro, que no se basa en palabras de Jesús que hubiese podido escuchar durante su vida histórica, sino en la acción novedosa del Espíritu, difícil de entender y que causa problemas e incomprendiones. Como siempre el Espíritu abre caminos nuevos convulsionando los viejos equilibrios y las convenciones establecidas.

Se suele hablar de “la conversión de Cornelio”, pero en realidad se trata de la *conversión de Pedro*⁹. Lo que se describe minuciosamente es el proceso del judeocristiano que se va abriendo a la acción del Espíritu y, en esa medida, supera sus prejuicios, acepta al extraño, y arrostra las críticas de los hermanos que consideran demediado revolucionaria su actitud. Es un momento decisivo: a partir de ahora comienza la misión a los gentiles, primero en la Iglesia de Antioquía (11,20) y después, gracias, sobre todo, a la iniciativa de San Pablo.

Ahora bien, ¿qué tipo de misión a los paganos se legitima en el episodio de Pedro y Cornelio? Porque sabemos que en el cristianismo primitivo hubo diferentes formas de entender la relación con los paganos y de establecer condiciones para su aceptación en la Iglesia. Pablo sostuvo encendidas polémicas con otros misioneros cristianos a este respecto.

⁹ J. ROLOFF, *Hechos de los Apóstoles*, Cristiandad, Madrid 1984, p. 224: “Cornelio es una figura de segundo orden... Cornelio no es prácticamente más que un objeto que Dios toma para convencer a Pedro de la idea fundamental de que los paganos adeptos no profanan la comunidad salvífica de Jesucristo y, por tanto, pueden perfectamente ser admitidos en ella. Es decir, que, en definitiva, el convertido no es Cornelio, sino Pedro”. Este autor expresa muy bien la importancia de la conversión de Pedro, aunque se queda corto sobre la intención del texto, como intento mostrar a continuación.

En el texto de Hechos el Espíritu va a llevar a la superación de las normas de pureza que regulaban la comensalidad de los judíos. Junto a las normas que regulaban los intercambios matrimoniales eran las más importantes, a los ojos de los judíos, para salvaguardar la identidad del propio pueblo y no contaminarse con los demás¹⁰. Los antropólogos suelen hablar de la importancia del *convivium* y del *connubium* para definir una cultura. Las normas de pureza de los alimentos, tan importantes para los judíos del tiempo, pretendían restringir severamente el trato con los paganos. Evitar la comensalidad con extraños era clave para mantener la identidad étnica de Israel.

Nuestro texto pone de manifiesto, de forma genial, la íntima relación antropológica existente entre el código de los alimentos y el código de las personas, entre los alimentos que no se pueden comer y las personas que hay que evitar. Considerando abolidos los preceptos de purificación alimentaria (que constituían más del 65% de toda la casuística legal del tiempo) desaparecía todo obstáculo para que los judeocristianos pudiesen tratar libremente con los paganos, alternar con ellos, frecuentar sus casas, aceptar su mesa y formar comunidades culturalmente mestizas. Esta es, sin duda, la mayor innovación histórica, producida por el Espíritu, en la Iglesia primitiva.

Brevemente voy a explicar los pasos principales de nuestro texto.

¹⁰ Puede verse una explicación sobre el sentido de las normas de pureza alimentaria judía a la luz de la antropología cultural en mi libro *La mesa compartida*, Santander, Sal Terrae 1994, 26-35. También en mi artículo “Comer y compartir la mesa en el obra de Lucas”, en J. R. AYUSO, IV Simposio Bíblico Español. Vol. I, Fundación Bíblica Española, Valencia-Granada 1993, 353-364.

3.1. El Espíritu acerca a Cornelio y a Pedro

Se nos presentan dos personajes, uno residente en Cesarea y pagano, Cornelio centurión de la cohorte Itálica, pero simpatizante de la religión judía –"piadoso y temeroso e Dios, como toda su familia, daba muchas limosnas al pueblo y continuamente oraba a Dios" (10,2)–, el otro, judío, Simón a quien llamaban Pedro, que da muestras de notable flexibilidad: reside en Joppe, localidad pagana, en la que los judíos son un minoría, y se hospeda en casa de Simón el curtidor, oficio tenido por impuro por los judíos ortodoxos más estrictos.

Hay una cierta predisposición recíproca, pero ambos siguen perteneciendo a mundos distantes e incomunicados. El texto describe admirablemente cómo Dios les abre, vence sus resistencias y acerca sus caminos. Nos encontramos con un recurso literario conocido, una "doble visión"¹¹ y casi simultánea. En la primera Cornelio es instruido para que llame a Pedro y le haga venir de Joppe a Cesarea. La segunda resulta particularmente extraña: Pedro es invitado a sacrificar y comer de toda una serie de animales considerados impuros por los judíos y que contempla en un lienzo que desciende del cielo

¹¹ Cfr. G. LOHFINK, *The Conversion of St. Paul. Narrative and History in Acts*, Franciscan Herald Press, Chicago, 1976, 73-77.

3.2. Pedro en casa del incircunciso: el Espíritu destruye tabúes y abate obstáculos (10,17-48)

Pedro queda sumido en gran perplejidad. Tampoco sabe Cornelio la razón de la orden que ha recibido. Es el encuentro con el otro lo que va a ayudar a que cada uno aclare el sentido de la visión que ha recibido. Es el Espíritu quien les acerca, pero para escuchar al Espíritu hay que escuchar al otro, al extraño.

Ya hay una primera reacción positiva de Pedro cuando hospeda a los enviados de Cornelio que van a buscarle a Joppe (v. 23). Pero lo más notable viene después. Pedro llega a Cesarea y entra en la casa pagana de Cornelio¹². Y ahora el texto juega con el profundo sentido antropológico de las normas de pureza alimenticia del judaísmo. La decisión de Pedro es insólita para un judío y la justifica porque relaciona el código de los alimentos de la visión tenida en Joppe con el código de las personas. En la visión Pedro ha sido reiteradamente (v. 16) invitado a vencer sus resistencias y a comer de los animales tenidos por impuros. Ahora en Cesarea cae en la cuenta del significado profundo de la visión:

"Vosotros sabéis que no le está permitido a un judío juntarse con un extranjero ni entrar en su casa; pero a mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre" (10,28).

A continuación Pedro anuncia el evangelio a Cornelio y toda su casa en un famoso discurso (10, 34-43), que, a veces, se ha considerado como la más fiel expre-

¹² B. R. GAVENTA, *From Darkness to Light: Aspects of Conversion in the New Testament*, Fortress, Philadelphia 1986, en la pg. 109 afirma que "por medio de la cuestión de la hospitalidad, Lucas demuestra que la conversión del primer gentil requiere también la conversión de la Iglesia".

sión del *kerigma* primitivo, pero que más bien es un magnífico resumen de la teología lucana.

Las palabras de Pedro son interrumpidas por la venida del Espíritu Santo. Tras el Pentecostés de los judíos (2, 1-11) y el de los samaritanos (8, 17), ahora tiene lugar el Pentecostés de los paganos (10, 44-48). La Palabra de Dios se va expandiendo y, de forma paralela, el Espíritu de Dios amplía su radio de acción: “el Espíritu cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra”. La Palabra y el Espíritu son inseparables: el Espíritu fortalece y confirma la Palabra, y la Palabra interpreta la obra del Espíritu. Los acompañantes de Pedro –judíos, fieles incircuncisos– quedan atónitos “al ver que el don del Espíritu Santo se derrama también sobre los gentiles” (v. 45). Como siempre, el Espíritu abre horizontes nuevos, supera prejuicios, es la cercanía de Dios –de su intimidad y de su fuerza–, que al acercarse a los hombres destruye también las fronteras que separan a éstos entre sí. Pedro comprende que “Dios no hace acepción de personas” (10, 34).

La Iglesia tiene que ser dócil a la acción del Espíritu, que le antecede y abre caminos. Pedro saca una conclusión audaz: “no podemos negar el agua del bautismo a quienes han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros”. Pero Pedro decide también algo más audaz todavía: se queda en casa de Cornelio algunos días (v. 48).

3.3. Pedro da cuenta en Jerusalén de la novedad del Espíritu (11,1-18)

Toda decisión innovadora cuestiona los viejos equilibrios y, con mucha frecuencia, crea conflictos. De alguna forma, el Espíritu Santo es un principio desestabi-

lizador en la vida de la Iglesia. Entiéndaseme bien: el Espíritu es un principio de comunión, pero también de misión, que desestabiliza rutinas cómodas porque continuamente abre a perspectivas más amplias y a síntesis más ambiciosas.

Pedro es el primero del grupo de los Doce, pero no tiene un poder absoluto, su decisión encuentra oposición y tiene que dar explicaciones. Pedro da el paso más innovador que jamás se haya dado en la vida de la Iglesia, pero a Pedro también le preocupa mantener la comunión. El Espíritu es misionero hacia afuera y principio de comunión hacia adentro. Vivir en el Espíritu es recrear siempre los equilibrios, con frecuencia entre tensiones.

Cuando Pedro regresa a Jerusalén los cristianos circuncisos le reprochan que “has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos” (11,3). Lo que está en juego no es simplemente la misión a los paganos y que les haya bautizado, sino el estilo de misión que Pedro ha inaugurado impulsado por el Espíritu: una misión que no exige ni la circuncisión ni las prácticas de pureza judía y que funda comunidades mixtas en las que cristianos de procedencia judía y de procedencia gentil conviven y participan de la misma mesa.

¿Cómo se justifica Pedro? Cuenta la visión de los animales impuros y cómo la voz del cielo le repetía “levántate, sacrifica y come... Lo que Dios ha purificado tu no lo lloames impuro” (11,8-10). Otra vez nos encontramos con la relación entre el código de los alimentos y el código de las personas, entre los alimentos que no se pueden comer y las personas con las que no se puede tratar. Pedro mismo continúa sacando la conclusión para que le entiendan sus objetores de Jerusalén: el Espí-

ritu me estaba diciendo que fuese sin dudar con aquellos paganos que habían venido a buscarme y que entrase en su casa (11, 11-13). Después les informa del Pentecostés de los paganos: “había empezado yo a hablar cuando cayó sobre ellos el Espíritu Santo, como al principio había caído sobre nosotros” (11,15). La Iglesia de Jerusalén reconoce la obra del Espíritu, acepta la decisión de Pedro y se restablece o se consolida la comunión: “al oír esto se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo: así pues también a los gentiles les ha dado Dios la conversión que lleva a la vida” (11,18).

Los Hechos de los Apóstoles dan una imagen un tanto irénica de los orígenes de la Iglesia, enfatizando la unidad y la concordia, y disimulando la gravedad de los conflictos que existieron. Por lo que a nuestro tema se refiere, conocemos el grave conflicto que estalló en Antioquía entre Pedro y Pablo precisamente en torno a la posibilidad de la comensalidad común –de la convivencia cotidiana– entre paganocristianos y judeocristianos (Gal 2, 22-24).

Los Hechos se escriben casi cuarenta años después de este conflicto y para entonces está claro que hay un tipo de comunidades cristianas en la que se pone de manifiesto de forma eminente la capacidad de innovación histórica de la fe cristiana, comunidades culturalmente mestizas, en las que se comparte fraternamente la mesa, en cuyo interior se derribaba el muro que en aquella sociedad separaba a paganos y a judíos, en las que se superaba el enclaustramiento étnico de los hebreos y el antijudaísmo del mundo gentil; comunidades que reflejaban la nueva humanidad que nacía de la cercanía de Dios, del fundamento de Cristo y de la fuerza del Espíritu (Ef 2,14-22).

La Carta a los Efesios, prácticamente contemporánea de Hechos, está hablando del mismo tipo de comunidades cristianas que pretenden legitimar Hch 10-11,18 con la autoridad de Pedro. Se suscitaron numerosas problemas históricos en los que no puedo ahora entrar a fondo. He subrayado que Hechos, propiamente, nos narra la conversión de Pedro, movido por el Espíritu, para que entre en casa de paganos y acepte comunidades heterogéneas y mestizas. Históricamente es posible que las cosas no fuesen exactamente así. En el conflicto de Antioquía, Pedro cedió a las presiones del grupo de Santiago y rompió la comensalidad con los paganos, desatando las protestas de Pablo. Hechos da una visión armoniosa e idealizada de los orígenes y reconcilia a Pedro y Pablo. Más aún, reivindica la autoridad de Pedro para un tipo de comunidades que son, más bien, las de la tradición pospaulina. En el relato mismo de Hechos, Pablo va a ser el gran continuador de una opción legitimada recurriendo a la figura de Pedro (y al reconocimiento de que Pedro gozaba en la Iglesia primitiva).

Pero, insisto, Hechos no pretende reconstruir la historia de la Iglesia primitiva. Con la perspectiva que le da la fe y el tiempo transcurrido, describe la acción del Espíritu en una historia que ha desbaratado los cálculos humanos, que ha impulsado una misión caracterizada por hacer saltar los esquemas étnicos de los primeros cristianos judíos y por hacer posible que se sienten a la misma mesa el centurión de Cesarea, el pescador de Betsaida y el fariseo de Jerusalén.

4. Pablo: el Espíritu tiene caminos desconcertantes, pero no tiene fronteras

Las cartas de Pablo son un documento de primera mano que reflejan una impresionante experiencia del Espíritu. En ellas se pone también de manifiesto la vivencia espiritual y la riqueza carismática de las primeras comunidades. Son, sin duda, los documentos claves para la teología del Espíritu de la primera generación cristiana. Pero siendo fiel al propósito marcado aquí solo voy a hablar del Espíritu y Pablo tal como aparece en Hechos, un escrito de la segunda generación.

4.1. La Iglesia a impulsos del Espíritu

Cuando el evangelio empieza a superar el enclaustramiento étnico, el primer paso es el encuentro de Felipe con los samaritanos y con el eunuco etíope; el segundo y decisivo es el de Pedro y el pagano Cornelio. Esto es lo que Hechos describe con singular maestría en la sección de transición de los capítulos 8-11. Es evidente que Felipe y Pedro están preparando la posibilidad del ministerio posterior de Pablo, abierto claramente a los paganos, y que va a llenar toda la segunda parte del libro. Pues bien, en esta sección de transición, entre los episodios de Felipe y de Pedro, va a narrar la conversión de Pablo y sus primeros pasos como discípulo. Es notable la maestría como Hechos va desarrollando su trama, preparando los acontecimientos y enarzándolos siempre gracias al plan de Dios.

Los caminos de Dios son en el nuevo Testamento casi siempre desconcertantes y están bajo la ley de la paradoja fundacional: “la piedra desechada por los cons-

tructores se ha convertido en la piedra angular”. El perseguidor se va a convertir en evangelizador y el fariseo estricto va a llegar a ser el adalid del evangelio de la libertad. Se explica que los de Damasco se pregunten atónitos: “¿No es éste el que en Jerusalén perseguía encarnizadamente a los que invocaban ese nombre y no ha venido aquí con el objeto de llevárselos atados a los sumos sacerdotes?” (9,31). Voy a evocar brevemente los acontecimientos.

En el camino de Damasco, Saulo que iba con cartas del Sumo Sacerdote para que “si encontraba algunos seguidores del Camino, hombres o mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén” (9, 2), tiene la gran experiencia, el encuentro con el Señor. Una luz le envuelve, tan intensa que le ciega y costará a los ojos de Pablo abrirse otra vez y acostumbrarse a la nueva perspectiva.

El Espíritu usa siempre instrumentos humanos (consejeros, visitantes etc). Otra vez recurre Hechos al fenómeno de las “visiones paralelas” en Damasco: la visión de Ananías sobre Pablo y la de Pablo sobre Ananías. El Señor va a acercar sus caminos, tiene que superar la explicable desconfianza de Ananías y el desconcierto de Pablo. Se anuncia por primera vez la misión de Pablo: “instrumento de elección que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel” (9,15; la misión de evangelizador se formulará después con más claridad). Pablo es bautizado y recibe el Espíritu Santo (9,18).

Del relato posterior hay tres detalles que quiero resaltar por su importancia. En primer lugar, Pablo inmediatamente se puso a predicar, aunque todavía sólo entre los judíos, que Jesús era el Hijo de Dios. La fe necesariamente es misionera y nadie tiene que autorizar a

un bautizado para anunciar públicamente su fe. Saulo empieza su predicación misionera en Damasco sin la aprobación previa de los apóstoles, como Felipe comienza una misión en Samaría de la que sólo más tarde oyen hablar los apóstoles (8, 14)¹³. En ambos casos, los líderes de Jerusalén verifican, de algún modo, estas misiones, pero no las inician.

En segundo lugar, esta predicación de Pablo encuentra una oposición tan dura que tiene que escaparse de Damasco, de noche y descolgándose por la muralla, para salvar su vida. Esto le va a suceder constantemente a Pablo, sobre todo en las sinagogas judías. El evangelio es esencialmente conflictivo porque cuestiona muchas inercias cómodas y convenciones establecidas.

En tercer lugar, Hechos nos dice que Pablo fue a Jerusalén “e intentaba juntarse con los discípulos” (9,26). Hay un afán por entrar en contacto con los primeros testigos, por reconciliarse con quienes había perseguido, por establecer lazos de comunión con la Iglesia madre de Jerusalén. Y lo logra, no sin vencer el miedo inicial de los apóstoles, gracias a los buenos oficios de Bernabé, figura clave cuya importante labor misionera y de mediación aparece también en otros lugares.

4.2. El ministerio de Pablo y el Espíritu en Hechos

La obra misionera de Pablo y su misma estrategia apostólica están dirigidas por el Espíritu. Voy a señalar los momentos principales, los que nos proporcionarán enseñanzas muy significativas.

¹³ R. C. TANNEHILL, *The Narrative Unity of Luke-Acts: A Literary Interpretation. Volume 2: The Acts of the Apostles*, Fortress, Minneapolis 1990, 113. 120.

El primer viaje misionero lo emprenden Bernabé y Pablo como enviados de la Iglesia de Antioquía, por la acción expresa del Espíritu:

“Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Separadme a Bernabé y Saulo para la obra a la que los he llamado... Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí navegaron hasta Chipre ...” (13,2-4)

Un momento trascendental se presenta en el capítulo 16 cuando Pablo, separado ya de Bernabé y después de recorrer las iglesias anteriormente fundadas, con un plan lleno de lógica intenta llegar a Efeso, capital de Asia Menor y centro estratégico de la región. Pero el Espíritu tiene otros planes y se lo impide. Pablo entonces pretende ir hacia el norte, hacia Bitinia, quizá para llegar a Nicomedia, siempre en Asia Menor. Pero el Espíritu se lo vuelve a impedir y le va empujando hacia el oeste, de modo que llega a Tróade, justo enfrente de la costa de Grecia. Pablo ha sido conducido por el Espíritu para escuchar el grito que viene del otro lado: “Pasa a Macedonia y ayúdanos” (16,9). Y Pablo va a dar el gran salto, atraviesa el Egeo y se adentra en Grecia, en el corazón de lo distinto y de lo extraño.

Pero Efeso no podía quedar al margen del proyecto misionero de Pablo. Según el texto occidental el Espíritu es quien le dirige más tarde a esta ciudad: “Queriendo Pablo, según sus planes, ir a Jerusalén, el Espíritu le dijo que se volviera a Asia. Atravesó las regiones altas y llegó a Efeso ...” (19,1). Allí se encuentra con unos discípulos de muy diferente formación, porque han recibido el bautismo de Juan, pero no conocen la efusión del Espíritu Santo, que es el gran don de los tiempos mesiánicos.

“Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo y se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar” (19,6).

Estando en Efeso Pablo toma una decisión trascendental que se describe con especial solemnidad. Presento lo que considero la traducción probablemente más correcta:

“Después de estos sucesos, decidió Pablo en el Espíritu ir a Jerusalén pasando por Macedonia y Acaya. Y decía: después de estar allí debo visitar también Roma” (19,21).

La decisión de Pablo de visitar las dos ciudades corresponde a la voluntad divina. Dice que “*debe (dei) también visitar Roma*”, usando una palabra característica para expresar el plan de Dios¹⁴. A esto corresponde la afirmación de que “*decidió en el Espíritu ir también a Jerusalén*”¹⁵. De la misma forma que Pablo emprendió el primer viaje desde Antioquía por fidelidad al Espíritu, también ahora se subraya que emprende este viaje decisivo que le va a llevar a Jerusalén y Roma por fidelidad al Espíritu y para cumplir la voluntad de Dios.

Tras abandonar Efeso, Pablo pasa tres meses en Grecia. El texto occidental vuelve a introducir otra mención al Espíritu que dirige los pasos de Pablo:

¹⁴ C. H. COSGROVE, “*The Divine dei in Luke-Acts*”, *Novum Testamentum* 26 (1984) 168-190.

¹⁵ R. C. TANNEHILL, *o. c.*, 239 dice que la expresión *en tò pneumati* de 19,21 podría referirse tanto al espíritu humano de Pablo como al Espíritu de Dios, pero se inclina por la segunda posibilidad, porque sería extraño que se atribuyese el viaje a Jerusalén a una decisión humana mientras el viaje a Roma se pone en relación con una necesidad divina, sobre todo teniendo en cuenta que Pablo establece una cierta comparación entre ambos viajes. Además también parece que en 20, 22-23 habla de una decisión que no es meramente humana.

“Pasó allí tres meses y como los judíos tramaran una conspiración contra él, quiso embarcarse para Siria, pero el Espíritu le dijo que volviera por Macedonia” (21,3).

En el discurso que Pablo pronuncia en Mileto para despedirse de los presbíteros de Efeso dice:

“Mirad que yo ahora, atado por el Espíritu me encamino a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones” (20,22-23).

Para Pablo ir a Jerusalén es meterse en terreno hostil. Las autoridades judías le conocen bien y están sobre aviso. Tampoco está claro cómo le van a recibir los judeocristianos de la ciudad. Pablo se ve a sí mismo como encadenado por el Espíritu, sin poder ni querer eludir el destino que Dios mismo le ha deparado.

Pablo obedece al Espíritu, pero reconoce que “no sé lo que allí (en Jerusalén) me sucederá” (20,22). A medida que llega la hora de la verdad el discernimiento es más oscuro. En Tiro nos encontramos con un instructivo caso de conflicto en la comprensión de los caminos del Espíritu. Allí “algunos, movidos por el Espíritu, le decían que no subiese a Jerusalén” (21,4). Pero, en cambio, Pablo está convencido de que es el Espíritu quien le empuja en su camino. El recurso a la inspiración del Espíritu no sirve para escapar fácilmente de la ambigüedad de la vida humana. Hasta ahora el Espíritu anunciaba lo que a Pablo le iba a suceder en Jerusalén. ¿Sacan los de Tiro una consecuencia —“que no suba”—, de su propia cosecha pero que atribuyen al Espíritu, precisamente por el mucho amor que le tenían? ¿Hasta dónde llegan los propios intere-

ses, los afectos, y dónde empieza la acción del Espíritu?¹⁶

Casi a las puertas de Jerusalén, en Cesarea, en casa del evangelista Felipe, Agabo un profeta de Judea, realiza un gesto simbólico –se ata los pies y las manos– y anuncia: “Esto dice el Espíritu Santo: así atarán los judíos en Jerusalén al hombre de quien es este cinturón” (21,11). Los que le oyen le piden “que no suba a Jerusalén” (21,12). Es la misma petición que le habían dirigido en Tiro, pero esta vez no se pone como una inspiración del Espíritu, sino como una conclusión humana.

Pero Pablo saca una conclusión muy diferente. A medida que se van vislumbrando las dificultades y persecuciones que va a encontrar en Jerusalén, se va también comprendiendo que el camino del Espíritu lleva a la identificación con el destino de Jesús.

4.3. Pablo, el Espíritu y el seguimiento de Jesús

El Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús. Él es quien lo envía (2,33) y su acción identifica con Él. El Espíritu no es una exaltación arbitraria ni un movimiento sin referencia, sino que dice siempre relación a la palabra, al Logos, a la vida de Jesús de Nazaret. La palabra sin Espíritu es letra muerta, pero el Espíritu sin palabra es arbitrariedad y subjetivismo. Los Hechos de los Apósto-

¹⁶ “A lo largo de todo el libro de los Hechos de los Apóstoles y hasta la obstinación de los judíos en Roma del último capítulo, el Espíritu Santo no aparece nunca como la solución de facilidad que muchas veces nos imaginamos con cierta confusión. También la primera generación cristiana conoció persecuciones y fracasos, divisiones e incertidumbre, y esto en la fe del Espíritu Santo y en el convencimiento de su eficacia ...”: Equipo Cahiers Evangile, *Los Hechos de los Apóstoles*, Cuadernos Bíblicos 21, Estella 1979, 71.

les hay que leerlos no sólo como la segunda parte del Evangelio de Lucas, sino descubriendo también las numerosas referencias y paralelos que se establecen entre la vida de Jesús y la vida de la primera Iglesia. Ya en el relato de la muerte de Esteban, el primer mártir y “hombre lleno del Espíritu” (Hch 6,3.10; 7,55), hay un cuidado interés por mostrar su identificación con Jesús, para lo cual establece un claro paralelismo de su muerte con la de su Señor (Hch 7,59 y Lc 23,46; Hch 7,60 y Lc 23,24).

El camino de Pablo a Jerusalén está lleno de relaciones con el famoso camino de Jesús a Jerusalén tan característico del tercer Evangelio. Es manifiesta la voluntad de presentar a Pablo en el seguimiento de Jesús y continuando su camino. Indico los datos literarios.

Un versículo de especial solemnidad indica el inicio del camino hacia Jerusalén (*poreusthai eis*) de Jesús (Lc 9,51) y de Pablo (Hch 19,21)¹⁷. En ambos casos se dice que Jesús y Pablo envían por delante a mensajeros o servidores (Lc 9,52; Hch 19,22). Detrás del programa de Pablo está el plan de Dios como se ve por la expresión “*es necesario*” (*dei*) de 19,21. Esta misma expresión (*dei*) aparece referida a la pasión de Pablo en 9,16; 23,11; 27,24 como también al camino y a la pasión de Jesús en Lc 9,22; 13,33; 17,25; 22,37; 24,7. 26; Hch 17,3¹⁸. Según la profecía de Agabo en Hch 21,11 a Pablo “le atarán los judíos en Jerusalén... y le entregarán en manos de los gentiles”. Pero, en realidad, las cosas no discurrieron así, sino que más bien los romanos le salvaron de las manos de los judíos (cfr. Hch 21,30-

¹⁷ G. SCHNEIDER, *Die Apostelgeschichte. II Teil*, Herder, Freiburg 1981, 274.

¹⁸ G. SCHNEIDER, *o. c.*, 274, notas 11 y 12.

36). La formulación de 21,11 obedece al deseo de establecer un paralelismo con Jesús (cfr. Lc 18,32).

El paralelismo entre los caminos de Pablo y de Jesús se puede presentar de forma muy estricta¹⁹:

Jesús hace un camino a Jerusalén, que es un camino hacia la pasión (9, 31. 51; 12,50; 13,33; 18,31-33), cumpliendo un plan divino (13,33) y caracterizado por la incomprensión de los discípulos (9,45; 18,34)	Pablo hace un último viaje a Jerusalén, que es un camino hacia la pasión (20,3.22-24. 37-38; 21,4. 10-11. 13), lo que responde a un plan divino (20,22; 21,14) y se caracteriza por la falta de comprensión de sus amigos (21,4. 12-13)
--	---

No sólo hay un paralelismo entre el camino de Jesús y el de Pablo a Jerusalén, sino que también guardan notable semejanza los sucesos que tienen lugar una vez que han alcanzado la ciudad:

Lc 19,37 Jesús es bien recibido y el pueblo alaba a Dios por las obras que ha visto	Hch 21,17-20a Pablo es bien recibido y Dios es glorificado por las cosas realizadas entre los gentiles
19,45-48 Jesús va al Templo y tiene una actitud positiva con él	21,26 Pablo va al Templo y tiene una actitud positiva con él
20,27-39 Los saduceos no creen en la resurrección y los escribas apoyan a Jesús	23,6-9 Los saduceos no creen en la resurrección y los escribas apoyan a Pablo
22,19a En una comida Jesús "cogiendo pan dando gracias partió"	27,35 Pablo en una comida "cogiendo pan dio gracias ... y partió"
22,54 Jesús es detenido	21,30 Pablo es detenido

¹⁹ Sigo a C. H. TALBERT, *Literary Patterns, Theological Themes and the Genre of Luke-Acts*, Scholars Press, Missoula, 1974, 15-35; también C. H. TALBERT - J. H. HAYES, "A Theology of Sea Storms in Luke-Acts", SBL 1995 Seminar Papers, 321-336.

22,63-64 Los siervos del Sumo Sacerdote abofetean a Jesús	23,2 Pablo es abofeteado por orden del Sumo Sacerdote
22,66; 23,1. 8. 13 Cuatro comparecencias de Jesús (Sanedrín, Pilato, Herodes, Pilato)	cap. 23; 24; 25; 26 Cuatro comparecencias de Pablo (Sanedrín, Félix, Festo, Herodes Agripa)

Es especialmente notable el paralelismo entre los procesos de Jesús y de Pablo ante las autoridades judías y romanas:

23,4. 14. 22 Tres veces Pilato declara a Jesús inocente	23,9; 25,25; 26,31 Tres hombres, Lisias, Festo y Agripa, declaran a Pablo inocente
23,6-12 Pilato envía a Jesús a Herodes para que lo interrogue	25,13-26,32 Un Herodes oye a Pablo con permiso de Festo
23,16. 22 Pilato dice que quiere liberar (<i>apolusô</i>) a Jesús	26,32 Agripa dice: "Este hombre podría ser liberado" (<i>apolelusthai</i>)
23,18 Los judíos gritan: "Fuera ése" (<i>aire touton</i>)	21,36 Los judíos gritan: "Fuera él" (<i>aire auton</i>)
23,47 Un centurión tiene una opinión favorable de Jesús	27,3. 43 Un centurión tiene una relación favorable con Pablo

Es el Espíritu, el poder y la fuerza de Dios, quien extiende su palabra. Es el Espíritu quien dirige a Pablo. Entre oscuridades y conflictos Pablo sigue el camino, lleno de sorpresas, del Espíritu y pese al intento de disuadirle por parte de quienes más le amaban. Y es que el Espíritu de Dios, que es también el Espíritu del Hijo, identifica con el destino, tan paradójico y escandaloso, de Jesús de Nazaret.

5. Conclusión

Los textos narrativos no son plenamente transpasables a resúmenes conclusivos o a síntesis teóricas, porque en ese intento se pierde el carácter interpelante

y la potencia alusiva y sugerente de los relatos. Muy consciente de esta limitación, voy a recoger brevemente algunos rasgos de la acción del Espíritu que hemos ido descubriendo en los acontecimientos de Felipe, Pedro y Pablo.

Es el Espíritu quien abre el camino a la Iglesia. No es la Iglesia quien planifica los caminos del Espíritu. Al revés, los caminos del Espíritu resultan extraños, paradójicos y desconcertantes. También es verdad que en ocasiones el Espíritu se confiere por el bautismo o por la imposición de las manos de los apóstoles o discípulos (8,15-17; 9,17-18; 19,6). El Espíritu impulsa a dar pasos audaces, a abrir caminos nuevos y, con frecuencia, cuestiona convenciones muy arraigadas. Para escuchar al Espíritu hay que escuchar al otro, sobre todo al otro diferente, al que nos puede desidentificar porque tiene algo nuevo que decirnos. El primer sorprendido por el Espíritu es el evangelizador. Para ser instrumento del Espíritu hay que ser antes dócil al Espíritu. Evangelizar no es hacer publicidad, sino dar testimonio. Sólo puede convertir quien está convertido. Las grandes conversiones que realiza el Espíritu en los Hechos son las de Felipe, Pedro y Pablo (las del eunuco etíope, la de Cornelio y su familia etc., son consecuencia y vienen después). El Espíritu dice una relación necesaria y, con frecuencia no fácil, a la comunidad: está en el origen de operaciones innovadoras para construir una iglesia más acogedora y universal y, al mismo tiempo impulsa siempre a mantener la comunión con los hermanos que más dificultades pueden tener para comprender las nuevas fronteras que se abren. El Espíritu de Dios, que dirige la historia de la salvación desde el inicio, es ahora el Espíritu que envía el Señor glorioso (2,33) y su camino dice relación con el que siguió Jesús de Nazaret.